
Rafael Dieste y Carlos Marx: en torno a la “carta 110”

Rafael Dieste and Karl Marx: around the “letter 110”

CÉSAR ANDRÉS NÚÑEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
METROPOLITANA-IZTAPALAPA

A fines de mayo de 1995, cuando se publicó el *Epistolario* de Rafael Dieste, Xesús Alonso Montero, en un breve ensayo de la serie que publicaba en el periódico *La Voz de Galicia*, llamó la atención sobre la carta numerada 110 en la edición preparada por Xosé Luis Axeitos (Dieste, 1995b). Decía entonces Alonso Montero:

Trátase da carta escrita por Rafael Dieste (Buenos Aires) ó seu irmán Enrique o 8 de outubro de 1945, carta que aparece consignada co número de orde 110 no recentísimo *Epistolario* do gran escritor. A carta, de dúas páxinas, contén un apéndice de páxina e media que vai ser citado, no futuro (creo), por todos aqueles que se interesen polas ideas políticas de Rafael Dieste. Hai varios anos que teño o privilexio de coñecer estas catro páxinas mercé á copia que me proporcionou Xosé Luís Axeitos, que é quen preparou a edición desa festa literaria e informativa do *Epistolario*. O texto de 1945 ben merece esta denominación: a carta 110. (Alonso Montero, 1995, 121-122)

A pesar del vaticinio, con la excepción de dos relevantes menciones (de Arturo Casas [1997] y de Manuel Aznar Soler [1999]), el apéndice de aquella carta no fue tan citado como era de esperar. Su importancia, por lo demás, no creo que sólo radique en el interés en torno a las ideas políticas de Rafael Dieste –asunto sobre el cual sin duda echa luz– sino también en torno a sus ideas y sus posiciones estéticas. Leer con atención la posdata, en fin, podría resultar iluminador a la hora de observar la lectura que Dieste hace de un ámbito cultural complejo, encabalgado entre el mundo europeo que sigue pensando como suyo y el mundo americano en el que se ve obligado a trabajar. En su enunciación se entran los conflictos de la anterior guerra de

laorillayyo@yahoo.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6620-3682>

Recibido: 06-08-19

Aceptado: 19-09-19

Resumen

El pasaje de una carta de Rafael Dieste referido a sus opiniones sobre Marx y el comunismo -ya subrayado por Xesús Alonso Montero, Arturo Casas y Manuel Aznar Soler- ofrece mayores ambigüedades de las que pueden observarse a simple vista. Su lectura permite reconstruir un universo de conflictos políticos y culturales que caracterizaron la labor de los escritores que transitaron la guerra de España y el exilio republicano. Tras los comentarios políticos es posible sospechar posiciones estéticas en torno a las cuales un escritor como Dieste buscó encontrar su propio modo de transitar esos conflictos. Seguir las tensiones allí inscriptas, entonces, y proponer la posible lectura de un poema de Rafael Dieste es el objetivo de este artículo.

Palabras clave: marxismo, comunismo, guerra, exilio, estética.

Abstract

The passage of a letter by Rafael Dieste referring to his views on Marx and communism -already underlined by Xesús Alonso Montero, Arturo Casas, and Manuel Aznar Soler- offers greater ambiguities than can be seen easily. Its reading

allows to reconstruct a universe of political and cultural conflicts that characterized the work of the writers who suffered the war in Spain and the republican exile. It is possible to find -behind political comments- aesthetic positions in relation to which Dieste sought to find his own way of resolving those conflicts. The objective of this article is to follow the tensions registered there and also propose a possible reading of a poem by Rafael Dieste.

Keywords: Ramón del Valle-Inclán, Wenceslao Fernández Flórez, Regionalist Regenerationism, Esperpento. Humour, Concave Mirrors, Ironic Mirrors.

España con los de la incipiente Guerra Fría, y se inscriben los rasgos problemáticos de la situación –el exilio– en la que se encuentra.

Lo que interesa a Alonso Montero de la “carta 110” se resume en tres breves fragmentos, que son también tres temas relevantes para el crítico:

Se tuviese que reproducir tres breves fragmentos do singular apéndice, escollería:

I. “Me inspira un gran respecto Carlos Marx desde el punto de vista político, moral y doctrinal... Pero no soy marxista. Tampoco antimarxista.”

II. “...reconozco mi deuda con Marx. Tengo una actitud bastante análoga a la de Benedetto Croce: de comprensión y asimilación.”

III. “Pero no soy comunista militante, ni tampoco simpatizante incondicional. Los comunistas simpatizan conmigo, me escuchan con respeto, les inspiro confianza, les gusta contar con mi nombre, etc”. (Alonso Montero, 1995, 122)

Finalmente, luego de subrayar estas tres cuestiones aludidas en las citas, Alonso Montero comenta:

Paga a pena ler, enteiro, o apéndice (da carta 110) porque contén unha riqueza e unha sutileza, ademais de valentía, que as liñas escolleitas só amosan en parte. Quen coñeza o comportamento persoal e intelectual de Dieste nos tres anos da Guerra Civil non debería sorprenderse destas palabras, escritas, por outra parte, moi pouco despois do final da II Guerra Mundial, nun tempo, por conseguinte, en que os comunistas e os seus lonxanos ou próximos simpatizantes albiscaban, non sen razón, grandes alboradas, que non chegaron a ser tales.

Pero Dieste, que non renunciaba a certas alboradas, bastantes anos despois, en febreiro de 1979, confesáballe a un periodista que seguía con moito interese a elaboración do eurocomunismo. Tal declaración tivo que soar mal, moi mal, ós seus compañeiros de xeración e de tarefas, se exceptuamos, naturalmente, a Luís Seoane.

O certo é que xa posuímos un texto fundamental para achegármonos á ideoloxía de Rafael Dieste. A carta 110 dará que falar. (Alonso Montero, 1996, 122)

Hace bien Alonso Montero en conectar el escrito de Dieste con su comportamiento durante la

guerra y con las “alboradas” esperadas hacia 1945, pues quizás en ese vínculo se diriman algunas de las sutilezas de la prosa. Efectivamente, la sutileza –rasgo sin duda propio de su escritura– es notable en el pasaje, tan notable como un hecho que Alonso Montero no menciona, pero incrementa, si cabe, el interés y la complejidad de la posdata escrita de “última hora” como apéndice a la carta. El hecho es que lo que el escritor denomina “informe político” no está rigurosamente suscrito por su firma, sino que es atribuido a Félix Muriel¹. Se trata, pues, en rigor, de la última aparición, del último escrito de este personaje, suerte de *alter ego* del autor (aunque el vínculo entre una y otra figura es sin duda complejo). Sea como sea, la atribución del texto, dirigido a un amigo de la familia, en una carta enviada a su hermano –el mayor de sus hermanos, con quien sostuvo una abundante e interesante correspondencia–, resulta doblemente llamativa. Es obvio que no podemos, al menos sin conocer la carta que provoca el “informe político”, saber qué motivos pueden haber determinado que el pasaje, anexo de una carta privada, fuera atribuido a Félix

¹ Algunos años más tarde, Manuel Aznar Soler tampoco alude a la firma del pasaje: “el apéndice de una carta a su hermano Enrique, fechada en Buenos Aires el 8 de octubre de 1945, resulta un testimonio muy valioso para caracterizar su perfil ideológico, la índole de su compromiso político con esas “circunstancias” históricas del exilio republicano de 1939 a las que el escritor Rafael Dieste nunca fue insensible. En rigor, ese apéndice, escrito «en el café La Fragata, el martes, quizá 10 de octubre de 1945», puede leerse como un impagable autorretrato político, ideológico y moral del escritor Rafael Dieste (Aznar Soler, 1999, 45). A continuación, “por su interés testimonial”, transcribe el texto (que también reproduciré en breve) y comenta: “En suma, Rafael Dieste se nos presenta a través de este epistolario como un republicano digno, como un «rojo» que asume su condición con orgullo y a mucha honra –ni comunista ni anticomunista en lo político; ni marxista ni antimarxista en lo intelectual–, como un «rojo» de conciencia independiente y libre que no está dispuesto a comulgar ni con dogmas ni con dictaduras. Rafael Dieste encarna así la conciencia ética y estética de la dignidad exiliada, la imagen de un escritor desterrado pero profundamente arraigado a su tierra natal, la identidad de un desterrado para quien sería muy doloroso y muy difícil asumir esa condición que José Gaos iba a acuñar en 1954 con el neologismo de «transterrado»” (Aznar Soler, 1999, 47). En cambio, Arturo Casas sí recuerda la atribución del texto a “los labios confidentes de su apócrifo Feliz Muriel” aunque, como dice, “está muy claro” que en el texto el autor “se retrata a sí mismo” (Casas, 1997, 391).

Muriel. No parece pertinente descartar el “juego” literario entre los hermanos, pues en otras ocasiones Rafael ya había recurrido a la construcción de personajes al dirigirle una carta, en la que también había –como en ésta– un segundo destinatario supuesto, también cercano; en aquella ocasión, el 24 de octubre de 1941, era Eduardo Dieste (Dieste, 1995b, 174-179)².

Eduardo y Rafael recurrían con cierta frecuencia a nombres, a mitad de camino entre el seudónimo y el heterónimo, como es el caso de Dr. Syntax, para Eduardo, y Félix Muriel –o, en una ocasión, al escribir sobre *Buscón Poeta*, Gerineldos Delamar (1935)– para Rafael. El uso de estas “máscaras”, en resumen, no era infrecuente ni sorprendente. De todas formas, Félix Muriel, aquí, parece ser algo más que un recurso algo socarrón, risueño, entre hermanos, ya que el “informe político” que redacta espera ser transmitido a un amigo –cercano, sí, pero que podría darle luego una eventual publicidad mayor. Todo hace creer, hasta tanto no tengamos más datos, que se trata de una más de las tantas “sutilezas” que caracterizan el texto, de un cuidado, de una precaución, que no conviene pasar por alto.

² En esa carta, fascinante, de las más interesantes del epistolario, Rafael redacta una breve parodia de auto sacramental, en el cual, jugando con la famosa frase de Julio César, se bautiza a Enrique como “Doctor Antiveni, Antividi y Antivici”. El juego de nombres y deslizamientos incluye a Félix Muriel, de quien aún no se habían publicado sus “historias e invenciones”: “Esto cuenta, a su famoso hermano Enrique, el no menos famoso doctor Petrus. Pues veo que le habéis doctorado. Gracias en nombre de su modestia. [...] Respecto a Petrus antes de doctorarse, tengo noticias de que era un tal Félix Muriel, un ser melancólico y amable que conocí junto a una estatua en un parque de París. Su amabilidad consistía en mostrar flores cuando tenía llagas. También se decía que era ingeniero de puentes y que le había venido esa vocación después de saltar sobre una sima. Solía confundirsele conmigo, pero yo estoy en dudas y a veces recomiendo el salto. Claro, es una recomendación grave porque es otro salto al que, además del riesgo, se une la responsabilidad” (Dieste, 1995b, 176 y 177). La alusión al lugar en que conoció a Félix Muriel remite, sin equívocos, a un texto publicado en la revista *P.A.N.*, en Madrid, en 1935: “Galería de espejos fieles”. Allí “nace” como personaje Félix Muriel, en un ambiente algo melancólico, algo modernista. Muy otro es el tono de su reaparición en esta carta de 1941 (en que Muriel aparece mostrando “flores cuando tenía llagas”); es, conviene notarlo, la primera mención en el exilio del nombre que rige el más famoso libro de Rafael Dieste, editado casi dos años más tarde, en junio de 1943. Así pues, en el exilio, Félix Muriel reaparece y hace su última aparición en sendas cartas a Enrique.

La importancia del texto, así como su relativa brevedad, parece recomendar la reproducción de esa no tan extensa posdata de la carta, escrita en el café “La Fragata” de Buenos Aires, probablemente el 9, y no el 10, de octubre de 1945³:

Según el informe político a que te refieres, Félix Muriel me ha dicho lo siguiente:

“Me inspira un gran respeto Carlos Marx, desde el punto de vista político, moral y doctrinal. Creo que ha contribuido a esclarecer muchas cosas y a plantear otras en el terreno adecuado. Pero no soy marxista. Tampoco antimarxista, pues reconozco mi deuda con Marx. Tengo una actitud bastante análoga a la de Benedetto Croce: de comprensión y “asimilación”. Creo también, como él, en las raíces platónicas del pensamiento de Marx. Me parece que Lenin ha enriquecido y ahondado el pensamiento práctico de Marx (en teoría y en la práctica), pero no soy *leninista* más que en los puntos en que la autoridad de Lenin es indudable. Admiro su gran sentido de orientación y otras cosas que no es ahora ocasión de especificar. Pero mis admiraciones y coincidencias no son las que suelen definir –en el lenguaje de los partidos– a un leninista. Estoy convencido de la seriedad y de la fundamental honradez del movimiento comunista en su conjunto. Pero no soy comunista militante, ni tampoco simpatizante incondicional. Los comunistas simpatizan conmigo, me escuchan con respeto, les inspiro confianza, les gusta contar con mi nombre, etc. Pero no me consideran comunista –en el sentido que tiene esta palabra en el lenguaje de los partidos. Naturalmente yo no estoy de acuerdo con ellos en ese punto, pues me parece que no son

³ Según Dieste anota, en un paréntesis, el apéndice de “Última hora” fue escrito “(En el café “La Fragata”, el martes, quizá 10 de octubre de 1945)”. Es llamativo el adverbio, preluando un escrito de Félix Muriel, pero seguramente obedece a que, en hoja aparte, sin la carta fechada el 8 a mano, el autor redactó en el café el anexo sin tener muy presente el número de día de aquel martes (que fue 9 de octubre). El café La Fragata, que ya no existe, estaba en la esquina de Av. Corrientes y calle San Martín, muy cerca del departamento de calle Lavalle en que entonces vivía Dieste. Resulta difícil olvidar que el pasaje fue escrito apenas siete u ocho días antes de la movilización social resultante del reclamo popular por el encarcelamiento del coronel Juan D. Perón, verdadera bisagra en la historia argentina.

más comunistas que yo; aunque comprendo que el serlo “a mi manera” no me autoriza a sembrar confusión usando una palabra que tiene su modo de funcionar en la conciencia social de nuestros días. Así pues, a la pregunta “¿Es usted comunista?”, yo tengo que empezar por contestar: “Pongámonos de acuerdo sobre lo que usted quiere decir...” Ahora bien, cuando las gentes marrulleras, confucionistas por estupidez o por mala fe usan la táctica de llamar rojo o comunista a quien pretenden combatir, yo me siento profundamente honrado si el supuesto “insulto” me alcanza. Y cuando los imbéciles creen vestirme de andrajos con esos calificativos yo me siento vestido de púrpura. ¿Qué más? Fui, en efecto, comisario político (para lo cual no era necesario pertenecer a ningún partido). Y, finalmente, si favorece el propósito de Don Carlos [Gurméndez] el hacernos figurar “grosso modo” como simpatizantes comunistas –o comunistas a secas– no tenemos reparo alguno, salvo el inconveniente (si la cosa trasciende) de que puedan pedirnos el carnet. Dale recuerdos míos muy afectuosos”. (Dieste, 1995b, 218-219)

Hacia el final del texto, pues, asoman los motivos de este “informe político”, de esta posdata. Surge, aparentemente, de un pedido de Carlos Gurméndez –debemos al editor del epistolario, Xosé Luis Axeitos, la aclaración de que el mencionado como “Carlos” es Carlos Gurméndez– sobre la posibilidad de incluir a Rafael Dieste en algún eventual listado de “simpatizantes” comunistas⁴. El hecho de que

⁴ Carlos Gurméndez conoció a Eduardo y Rafael Dieste en Madrid, a mediados de los años treinta (Gurméndez, 1995, 10; Axeitos, 1997, 139) y, desde entonces, mantuvo una constante amistad con ellos. Serán los Gurméndez quienes ayuden a los Dieste (Rafael y su esposa Carmen Muñoz) a salir de Europa hacia el exilio americano: desde Francia se dirigen a La Haya, invitados, como cuenta Carlos Gurméndez “por meu pai, naquel intre Embaixador do Uruguai en Holanda [...] Xa coa documentación arranxada e o pasaxe para embarcar con destino a Bos Aires, vía Montevideo, unha mañá chegou Brouwer para avisar do perigo a que estaba exposto Rafael Dieste: enterárase de que o barco facía escala en Canarias e podían ser detidos polas autoridade franquistas. Retrasaron a viaxe ata atopar outro barco, o *Alwaki*, que os levara directamente ó seu destino” (Gurméndez, 1995, 11). La ayuda brindada a los Dieste fue mucha, y en circunstancias más angustiantes de las que trasluce el rápido relato del uruguayo. Pueden verse las cartas que Rafael, al salir del campo de concentración

Rafael Dieste acepte la inclusión, sin reparos, no está exento, no obstante, de las muchas aclaraciones que se realizan. Queda, en principio, la intriga sobre el modo en que fue formulada la consulta, pues el pasaje cambia de asunto de manera sorprendente. Si en principio el tema parece ser la opinión que pueda producir la obra de Carlos Marx, rápidamente la cuestión se transforma en un comentario sobre la interpretación que Lenin haya hecho de Marx y, en seguida, sobre la política de Lenin; luego, se habla más bien del leninismo, para desembocar, de modo general, en el comunismo, que parece referido como nombre partidario, más que doctrinal. El deslizamiento del tema es llamativo, tanto como el cambio de persona: la primera persona del singular se reconvierte, en el final, en plural. Acaso el plural sea mero resultado de la suma de un tú y un yo: si Carlos quisiera hacernos figurar a ti, Enrique, y a mí, Rafael, como simpatizantes comunistas... De todas formas, es extraño –y nada común en él– que Rafael se arrogue el derecho de decir por su hermano, a quien le escribe, que ninguno de los dos tiene reparos en ser así considerado. Quizás, “sencillamente”, el plural remita a Félix Muriel y Rafael Dieste, pues queda pendiente el problema, no menor, de que quien enuncia es, en verdad, Félix Muriel.

Sin duda, quien fue “comisario político” es Rafael Dieste, y no Félix Muriel, pero ya durante la guerra de España, como veremos, Rafael recurrió al personaje para mediar las relaciones con la política. Es esta carta de 1945, por lo que sé, la única ocasión en la que Rafael Dieste menciona este cargo ejercido durante la contienda, sobre el que no tengo otra noticia. Todo hace creer que su nombramiento como “comisario político” republicano (extra-partidario, según anota) poco tenía que ver con otros típicos modos del comisariado ejercidos por militantes comunistas. Quizás se trate de un cargo resultado de la labor en el Comisariado de Propaganda, en Barcelona, en la segunda mitad de 1937 (Muñoz, 2005, 28) o bien de la función ejercida en los últimos meses de la guerra, movilizado, en el

de Saint-Cyprien e instalado ya en Poitiers escribe a Carmen, que convalece de las heridas de un bombardeo en un hospital de París, entre febrero y marzo de 1939; en ellas es constante la referencia a la ayuda –consejos, gestiones, etc.– de “Carlitos” Gurméndez, por quien se nota un enorme afecto (Dieste, 1995b, 92-107, 120-129; Muñoz, 2005, 40, 45, 59-62, 71; Axeitos, 1997, 141-149).

XI Cuerpo del Ejército del Este, donde participaba de la confección de la hoja semanal *Los Lunes del Combatiente* (Núñez, 2009).

Sea como sea, lo cierto es que la alusión a la guerra de España trae consigo uno de los más evidentes motivos de cuidado a la hora de pronunciarse sobre el ámbito de temas del que escribe en 1945. La serie de deslizamientos –un comentario “teórico”, “doctrinal” que abre un “informe político”, una opinión sobre la obra de Marx que rápidamente pasa a hablar de Lenin, del leninismo, del comunismo y de los comunistas, etc.– invita a preguntarse a qué figuras y a qué personas o grupos se refiere. Puesto que el nombre de “comunistas” no tiene, desde luego, una referencia precisa, inequívoca. ¿Quiénes serían los “comunistas [que] simpatizan conmigo”, que “lo escuchan con respeto” y a quienes les “inspira confianza”? ¿Quiénes son, en fin, “ellos” (cuando escribe “Naturalmente yo no estoy de acuerdo con ellos en ese punto, pues me parece que no son más comunistas que yo”)?

El deslizamiento de nombres es correlativo del deslizamiento de apelativos –y, claro, de personas aludidas–, pues son “otros *ellos*”, digamos, las “gentes marrulleras” y los “imbéciles” los que lo llevan, en una lógica binaria en la cual no parece moverse con comodidad el pensamiento de Dieste, a aceptar y enorgullecerse de ser llamado comunista cuando pretenden insultarlo. También concede en adoptar la clasificación de “simpatizante comunista” o de “comunista”, claro, “si favorece el propósito de Don Carlos”. El único reparo, en este caso, es que “si la cosa trasciende”, se le pida el carnet del partido, que no tiene ni, parece claro, quiere tener. En el paréntesis (“si la cosa trasciende”) quizás haya parte de la explicación de los cuidados y las ambigüedades de la redacción.

¿Quiénes serían, entonces, los “comunistas” que simpatizan con él? Es factible suponer que los primeros en los que pensaba serían amigos que conformaban el grupo de exiliados con los que se solía reunir en Buenos Aires. Arturo Casas –retomando la clasificación de la comunidad gallega en Buenos Aires durante la posguerra española que propusiera Xesús Alonso Montero– señala que:

Dieste se integra en el sector ideológicamente más progresista, también el más activo por sus inquietudes políticas, culturales e incluso empre-

sariales. Nucleado por Luís Seoane, tuvo su lugar de encuentro inicial en la tertulia del Café Tortoni y de él formaban parte, junto con los dos autores citados, Varela, Cuadrado y Baltar. Ya con menor presencia, Otero Espasandín y Colmeiro, así como otros exiliados no gallegos, Francisco Ayala, Rafael Alberti, Joan Merli, Guillermo de Torre y otros. [...] Este sector fue identificado ideológicamente por algunos compañeros de exilio vinculados a Irmandade Galega –sucesora del Partido Galleguista– como comunista, pero sería más exacto calificarlo de federalista de izquierdas, con una pluralidad en la que convivían sin problemas un galleguismo no nacionalista y un marxismo humanista. (Casas, 1997, 469)

No es imposible, entonces, que las “gentes marrulleras”, “confusionistas” a las que alude en la carta a Enrique, sean personas vinculadas a Irmandade Galega y, quizás también, a los Centros provinciales gallegos de Buenos Aires (el Lucense y el Orensano eran los más poderosos), que mantuvieron a Castela muy aislado de los republicanos tildados de “rojos”. Sin embargo, como anota Casas, la identificación de los exiliados con quienes se vinculaba Dieste con el comunismo no era nota distintiva del grupo ni mucho menos:

Alonso Montero suele aplicar al grupo, y sobre todo a Seoane, el calificativo de *filocomunista*, especialmente en el segmento temporal de la derrota de Hitler por el ejército soviético. Esta denominación, aun pareciendo más apropiada, no deja de ser confusa, pudiendo además ser interpretada desde una angostura inconveniente a la realidad de las cosas. Por otra parte, el filocomunismo era, recién culminada la gesta de Stalingrado, tanto (o incluso más) un *sentimiento* de todo demócrata –sobre todo si este era español y confiaba en el *efecto dominó* que habría de arrastrar a Franco con Hitler y Mussolini– como una efectiva postura ideológica. Por todo ello es pertinente la expresa declaración posterior de Alonso Montero sobre el carácter *no monolítico* de los contertulios del Tortoni (p. 84). (Casas, 1997, 469, n. 10)⁵

⁵ También en su biografía de Luís Seoane, Alonso Montero se refiere al clima de ideas de la tertulia y recuerda la euforia que produjo –unos años después del desencanto que ocasionara el

De hecho, una de las escasas intervenciones públicas de Dieste en relación a la II Guerra Mundial durante aquellos años fue la firma, en agosto de 1941, de sendos telegramas enviados a Londres y a Moscú: a Bernard Shaw y a Alexis Tolstoi –de casi idéntica redacción, subrayando de ese modo la “equidistancia”– que fueron suscritos por muchos miembros del Centro Republicano Español de Buenos Aires y colaboradores de la revista *Pensamiento Español*, donde fueron publicados⁶. Así pues, la posición de Dieste, apenas manifiesta de manera pública en estos telegramas, pero legible en múlti-

pacto germano-soviético de 1939– la victoria rusa en Stalingrado: “A tertulia do Tortoni, con predominio de «progresistas», tanto os arxentinos como os españois, está eufórica o 3 de febreiro de 1943: había 24 horas que o Exército Vermello, gañada a decisiva e simbólica batalla de Stalingrado, fixera capitular ó mariscal Von Paulus con 350.000 homes. No Tortoni xa se sabe que o Exército de Hitler non é invencible” (Alonso Montero, 1994, 56-57). El estudio de Alonso Montero al que Casas alude en la cita anterior, donde clasifica los grupos de gallegos radicados en Buenos Aires a principios de los años cuarenta, es *Lingua e literatura galegas na Galicia emigrante* (Xunta de Galicia, 1995).

⁶ Bajo el título “Dos telegramas de los intelectuales españoles desterrados en Argentina” se reprodujeron en el número 4 de *Pensamiento Español*, en agosto de 1941, los dos textos, muy semejantes. Decía el primero: “Intelectuales españoles en Argentina desterrados por fascismo internacional felicitan intelectuales británicos tenaz resistencia Gran Bretaña, haciendo votos por el triunfo final que habrá de restaurar la libertad del mundo”; y el segundo: “Intelectuales españoles en Argentina desterrados por fascismo internacional expresan intelectuales soviéticos la solidaridad con su heroica lucha y su fe en triunfo final que habrá de restaurar la libertad del mundo”. Los firmaban exiliados más o menos cercanos a Dieste, como Luis Seoane, Arturo Cuadrado, Manuel Colmeiro, José Otero Espasandín, Francisco Ayala, Eduardo Blanco Amor, Ramón Rey Baltar, Rafael Alberti, María Teresa León, Alfonso Castela, así como Ángel Ossorio y Gallardo, Ricardo Baeza, Emilio Mira López, Augusto Barcia, Jacinto Grau, Manuel Blasco Garzón, Mariano Perla, Ramón Prieto, Pelayo Sala, Clemente Cimorra, Jesús Prados, Javier Farías, Gori Muñoz, M. Villegas López, Xavier Bóveda, Enrique Naval, etc. La figura de Alexis Tolstoi era entonces importante: poco tiempo después, Otero Espasandín se referiría, en una reseña del libro *Pedro el Grande* impresa en una revista tan cercana a Dieste como *De mar a mar*, al “prestigio de su autor”, y concluía que “Este libro de Alejo Tolstoi contribuirá en gran medida a hacer comprender a los lectores el milagro de la Rusia post-revolucionaria, de este Rusia que hoy produce el asombro del mundo entero por su valor, por sus profundas virtudes populares, su capacidad de sacrificio, su genio creador, su fe en el porvenir, no sólo de los rusos, sino del hombre en general” (Otero Espasandín, 1943, 39-40).

ples escritos y actitudes, es más bien la propia de un cierto republicanismo progresista, de raigambre liberal.

De todas formas, sin duda la imagen más definida –más “fuerte”, por así decir– de los comunistas que podía tener Dieste, provendría de su intervención en la guerra de España. Algo en la consulta de Enrique –o de Carlos Gurméndez– ya lo presagiaba y lo preveía, puesto que hay una respuesta explícita: “Fui, *en efecto*, comisario político” (el *subr.* es mío). Evidentemente, la política republicana ya estaba mencionada en la pregunta que contesta Félix Muriel. No es para menos: como se sabe, a las tensiones propias de la guerra se le sumaron, en la zona republicana, los conflictos resultantes del enfrentamiento entre las distintas corrientes políticas que conformaban el Frente Popular. Hacia principios de 1937 esos conflictos terminarían provocando una crisis de envergadura, en mayo, con el cambio de gobierno que reemplaza a Francisco Largo Caballero por Juan Negrín.

En ese lapso, se produce la brutal persecución a los militantes del POUM, acusados de “trotskistas”. El epíteto “trotskista” se convirtió, merced a la política internacional soviética, en una categoría peligrosa, en un insulto y en una suerte de sinónimo de “traidor” al antifascismo. Si la represión –que produjo el asesinato de Andreu Nin– fue sistemática hacia mayo-junio de 1937, las tensiones entre el PC y el POUM venían, lógicamente, desde antes. Incluso, Arturo Casas ha mostrado que Dieste debió acercarse a ese conflicto como asistente al I Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, en París, en 1935, mientras estaba allí como becario de la Junta para Ampliación de Estudios⁷. Sin duda, como sugiere Casas, fue entonces que se incrementó la identificación de Dieste con la posición política y estética de André Gide, que terminaría dando pie a la defensa del

escritor francés en 1937, luego de la publicación de *Retour de l'U.R.S.S.*

Ya en los inicios de la guerra, Dieste sufrió, de modo quizá inesperado, las consecuencias de esa pugna política, y quedó etiquetado en ella, luego de una diferencia de posiciones con Wenceslao Roces. Cuenta Luis Rei Núñez, su biógrafo, que:

Destaca, como punto de partida de tódalas dificultades coas que haberán de ir batendo, a actuación de Dieste nunha assemblea da Alianza contrariando unha proposta de Wenceslao Roces, entón subsecretario de Instrucción Pública, ben situado no Partido Comunista e con moito poder. Tratábase de elixir presidente.

Roces propón a Ángel Ossorio y Gallardo, e Dieste, aínda sen ter nada contra éste, como deixa claro, argumenta a favor doutro nome [...]: Antonio Machado. Proposta que prospera, co aplauso unánime dos asistentes. Dise entón que Don Antonio conta co inconveniente da súa mala saúde, unido ó de ter un irmán na zona ‘nacional’, motivos polos que quizais non queira significarse tanto. Dieste pensa que, de todos modos, debe ofrecérselle a presidencia e, se o único obstáculo é o do irmán, que Machado, con todo dereito, decida. Se só existe o problema da saúde, sempre se lle podería ofrecer -la presidencia honoraria.

Ante as opinión encontradas, Lorenzo Varela, sentado xunto a Dieste, turra da manga do amigo en pe, e suxírelle que propoña a Bergamín como presidente executivo, con Machado na presidencia de honra. Así queda aprobado. Versión que chega ó día seguinte a La Granja del Henar: “A Alianza tivo onte unha sesión moi movida porque Roces propuxo unha candidatura e uns do POUM desbotárona”. Pódese maxinar cál foi ó oílo a cara de Dieste, que non podía prever unha interpretación tan distante do ánimo da súa proposta. Ocurría que algún o suponían trotskista, amparándose no feito de que, estando na Alianza, non se declarase enemigo de homes como Nin, Granell ou Andrade.

Desde ese día, Dieste vai ser disimuladamente discriminado por Roces. Sucederán cousas como que tódolos que traballan na Alianza contén coas doce pesetas da dieta diaria de milicianos da cultura, agás Rafael e Carmen. O fundamento desto non se alcanzaría a aclarar nunca, e a actitude de Rafael

⁷ Menciona Casas, por exemplo: “Los ricos debates y polémicas del Congreso, algunas de estas de relieve histórico muy notable, como la ruptura de surrealistas y comunistas o los enfrentamientos entre estos y los trotskistas a partir de la situación de Victor Serge, deportado por Stalin al Kazakistán” que allí se produjeron, analizados por Manuel Aznar Soler en su estudio sobre ese congreso de 1935 (Casas, 1997, 385).

non axudará a elo, porque non vai insistir en que esa situación inxusta que lle atinxe se solucione como cómpre. (1987, 83-84)⁸

Arturo Casas también narra el episodio y comenta: “El desacuerdo de nuestro escritor con la dirección comunista se manifestó con alguna frecuencia a partir de este momento, y es importante calibrar su sentido último. Desde mi apreciación, las claves deben buscarse no en los objetivos trazados por el Gobierno del Frente Popular y los ministerios dirigidos por miembros del Partido Comunista, que hay pruebas de que Dieste compartía con lealtad e incluso con disciplina, sino en las estrategias y desarrollos puestos en práctica” (Casas, 1997, 387-388). En ese marco, la consideración de Dieste como alguien no demasiado distante del trotskismo, en fin, parece la explicación más lógica no sólo para ciertos hechos ocurridos durante la guerra⁹, sino incluso para algún texto escrito por el rianxeiro en el período. Durante el II Congreso de la Alianza de Intelectuales Antifascistas hay ya algunos indicios más claros de cómo es visto por la oficialidad del Ministerio de Instrucción Pública (dirigido por Jesús Hernández y en cuya organización intervenía, de modo notable, Wenceslao Roces). Es un pedido de María Teresa León el que lo hace responsable de representar a Galicia (Rei Núñez, 1987, 90)¹⁰ y

⁸ Agrega Rei Núñez que “O comportamento de Dieste seguirá sendo dunha total corrección, apoiando todo o que vén dos comunistas, que en xeral era ben, era sensato. Segue traballando lealmente. Escribe tódolos traballos que lle piden. Con Alberti, Bergamín, Lorenzo Varela, Antonio Luna, Salas Viu, Souto e María Teresa León, fai a revista *El Mono azul*. [...] En verdade, e a pesar de que os «roces» continuen durante o resto da guerra, pesan máis na balanza as mostras da camaradería que abrollan na relación con os outros compañeiros. Abonda con dicir que hai militantes do Partido, como desde aquela lle quedará, que sí manteñen un trato fraternal cos Dieste. Como os Alberti, ou, sen ir máis lonxe, como o propio Lorenzo Varela” (1987, 84).

⁹ Al respecto, puede leerse un muy interesante testimonio de Eugenio F. Granell, donde señala que “Poderíase pensar que algúns intelectuais estalinistas creran que Rafael Dieste era trotskista [...] Esa sospeita fundaríase na súa amizade cos poumistas procedentes da súa peña *La Granja “El Henar”*, como Fersen, Carlos Arias, Alberto Fernández Mezquina, Cándido Fernández Mazas e eu mesmo” (Granell, 1995, 56).

¹⁰ Seguramente habrá incidido en la elección del ponente la negativa de Castelao a participar en el Congreso. Arturo Casas recuerda que Dieste, en una carta enviada el 21 de mayo de 1981 a Valentín Paz Andrade, “revela que su distanciamiento o

excluye su firma de la famosa “Ponencia colectiva” escrita por Arturo Serrano Plaja y suscrita por el grupo de *Hora de España*, al que pertenecía Dieste; más aún, es excluido del número dedicado al congreso por esa misma revista¹¹.

Más allá de los múltiples episodios que puedan reconstruirse en esa historia de tácitas tensiones (entre los que acaso destaque el “*affaire Gide*”), hay uno, menor, no tan recordado, que puede mencionarse ahora, por ser ilustrativo del estrecho vínculo entre posiciones políticas y estéticas. Cuenta Rei Núñez que, Dieste, durante la realización del II Congreso, en Valencia, “ocúpase como corrector de estilo dalgunhas traducións”. Ejerciendo ese oficio de “corrector-suavizador de estilo en las traducciones de las ponencias extranjeras” (Casas, 1997, 407), sucede una discusión:

Nun momento dado, apunta no discurso dun dos delegados rusos algúns termos demasiado burdos que conviña cambiar. Nomeadamente os máis polí-

desencuentro político inicial [con Castelao] tuvo mucho que ver con la no pertenencia de Castelao a la Alianza de Intelectuales Antifascistas y, de forma que parece haber dolido especialmente a Dieste, con su no participación en el II Congreso Internacional de Escritores: «Non sei sequera onde se topaba. Sí sei que por algunha das poucas conversas que tiven co il por aquelas datas, que se coidaba moito –según expresión sua– de ‘non ser utilizado’, precaución asisada, dende logo, pro na que quizais chegou a se esceder. Noustante, non podo faguer xuicio porque non coñezo en termos anecdóticos a razón, ou razón do seu receio» (Casas, 1997, 470). De todas formas, su carácter de “delegado” por Galicia ha sido pertinentemente discutido y revisado por Arturo Casas (1997, 406-407).

¹¹ En una carta de 1976 dirigida a Manuel Aznar Soler, Rafael Dieste recuerda el período del congreso y dice: “Observará usted que en el número [de *Hora de España*] dedicado al Congreso mi nombre sólo aparece, como de costumbre, en la nómina de los redactores, a pesar de haber participado desde el comienzo en su promoción y organización. De ello fui ya advertido por Arturo Serrano Plaja, encargado de la confección del número y que tenía la consigna –de origen no muy bien determinado y para él penosa de cumplir– de silenciar mi nombre. [...] (Conviene saber que para efectos administrativos y de control gubernativo, la revista estaba bajo la protección y vigilancia del Ministerio de Propaganda, y que éste había depositado toda su confianza en la redacción. Así que, en condiciones normales, no habría podido producirse la consigna expresada; pero en esa ocasión se dejó el control al Ministerio de Instrucción Pública –ministro Jesús Hernández–, que había subvencionado el Congreso y lo controlaba en diversos aspectos)” (Aznar Soler, 1978: 220-221).

ticos –tratábase dun congreso de escritores, non dun mitin– que denotaban una intolerancia contra o POUM fóra de lugar. Díciase nun párrafo que había que “aplastar” ó trostkismo, e Dieste propoñía unhas redaccións alternativas que invariablemente o ruso non tiña en conta. “Aplastar, aplastar..., repetía frente a cada nova proposta. Cando a ponencia é lida, por Alberti, varios dos presentes permanecen pálidos, pero ó final aplauden todos, agás Rafael. (1987, 90)

Rei Núñez no lo dice, pero la breve cita que menciona permite inferir que el discurso aludido es el de Alexis Tolstoi, un texto que había sido originalmente traducido por Rafael Alberti (Schneider, 1978, 101). En la ponencia del delegado ruso, puede leerse:

Queríamos repetir, una vez más, que el arma más peligrosa del fascismo, que se extiende cobarde y alevosamente para intentar conseguir con una provocación de espionaje y sabotaje lo que no han podido lograr nuestros enemigos en campo abierto. Es la sombra de Judas, que mata de un golpe por la espalda al hijo de la pobre vieja, que marcha tranquilamente tras de su arado. El trotskismo debe ser aplastado implacablemente en todo el mundo. Por la participación misma de las grandes masas del pueblo el trotskismo debe ser desenmascarado y desarraigado, como lo hemos hecho ya en la URSS, donde, como el “Zaid” del cuento popular, rugía y chillaba, llamando en su ayuda a toda la canalla humana, a los mismos que había engañado antes. (Aznar Soler y Schneider, 1979, 29)¹²

¹² No parece, de todas formas, que el solo verbo “aplastar” fuera lo único que perturbara la lectura de Dieste. El discurso, que dedica un espacio desproporcionado a desarrollar la descalificación de Trotski, continúa: “Hay dos conceptos del internacionalismo: uno, el de la indiferencia, y como resultado, la negativa completa de la racionalidad. Éste es el camino de los arribistas, de los enemigos del pueblo. Tal fue Trotski cuando, en la época del comunismo militar, quería aprovechar para sus fines personales el mar de la revolución de Octubre. Por lo visto, Trotski pensaba utilizar como combustible para la revolución mundial a los pueblos de Rusia, que despreciaba porque oían a pan negro y a oveja. [...] Trotski, de un comunista, sólo llevaba la máscara. Ahora ya está desenmascarado por los tres procesos judiciales que le fueron seguidos, donde sus agentes han reconocido –yo mismo les he oído; yo mismo he visto sus caras grises y ordinarias de enemigos de la Humanidad–. Estos agentes, repito, han reconocido su

Comenta Schneider que, luego de un comienzo más o menos previsible,

la “brecha” del discurso de Tolstoi es la propaganda del Estado stalinista con todos clásicos recursos de lo panfletario: primero tratará de explotarnos emocionalmente con la descripción de algún cuadro de la condición humana del trabajo, de corte cursilón y sentimental; seguidamente nos hará culpables o responsabilizará al capitalismo de la situación; después nos contará que existe un único lugar en el mundo no pasa eso; luego de nombrar a Rusia y la Revolución de Octubre hablará de Lenín y posteriormente de las virtudes del Estado stalinista y de la teoría del realismo socialista, para rematar con los usuales ataques contra Trotsky. (Schneider, 1978, 101)¹³

En efecto, la diatriba contra Trotsky había sido precedida de unas frases, que tras el aspecto de “meras” afirmaciones de una poética, mostraban su carácter deóntico: “El arte es la crónica de las conquistas morales, de las conquistas laboriosas del pueblo”, “El arte es la forma de concebir el mundo; es la escuela más alta de la formación de las almas; es un estímulo de los esfuerzos vitales y creadores de la Humanidad”, “El arte es la atmósfera espiritual en que poco a poco entran las grandes masas del pue-

participación en los asesinatos, en el espionaje, en la tentativa de destrucción y muerte de nuestra patria. / La revolución mundial a base del programa de Trotski fracasó. Pero los poderosos reyes de la industria pesada lanzaron después de las crisis a sus perros sangrientos –a los fascistas– contra las masas populares. ¿Qué tenían que hacer Trotski y sus agentes? Pescar abiertamente su pescado en el agua turbia. Trotski y sus agentes han decidido llenar los odres viejos y podridos de su internacionalismo falso con la sangre caliente de las mujeres y niños despedazados por los fascistas. Trotski y sus agentes han estrechado el frente con el fascismo para llegar a toda costa al Poder. Los fascistas les han inspirado la provocación, el espionaje y los actos de sabotaje” (Aznar Soler y Schneider, 1979, 29-30).

¹³ El discurso de Alexis Tolstoi, ciertamente mucho más referido a la “política” que a la literatura, desata cierto enojo en el investigador, que se pregunta: “¿Por qué en una reunión para la defensa de la cultura se dedica más de una cuarta parte de una ponencia a «perseguir» con saña a un político, también de izquierda? La respuesta se conoce, y se sabe lo que supuso a la segunda República Española los manipuleos del stalinismo. En todo caso, si Tolstoi estaba decidido a atacar a Trotsky, lo más viable en un congreso de escritores era discutir el libro de éste, *Literatura y Revolución*” (Schneider, 1978, 103).

blo” (Aznar Soler y Schneider, 1979, 29). Quedan allí de manifiesto las consecuencias estéticas de las posiciones políticas. No son, entonces, sólo partidarias las distancias de Dieste con la oficialidad del PC, sino que parece interpretar bien todo aquello que la persecución al trotskismo acarrea para el universo literario. Es poco después que Rafael redacta una carta, a su hermano Enrique (de nuevo Enrique), el 27 de agosto de 1937¹⁴, en la que dice:

Sea primero el conocimiento o el acto (asunto difícil) creo que estaremos de acuerdo en que el conocimiento dirigido a la acción es fortísimo. Algo de esto piensan, en el fondo, los buenos marxistas, pero se equivocan, a mi juicio, al no fijarse con miras prácticas más que en el conocimiento de la práctica, entendida como enlace de apetencias, instrumentos y fines. Así conocimiento y acto que desborden esos límites vienen a ser interpretados como “floraciones”; y de la flor parece ignorarse que anuncia y promete el árbol. Este olvido es también propio de los académicos, gentes que se llaman idealistas por comodidad. El verbo íntegro y su acción –y no hay otra, pues la metafísica, si no es eso también, no es acción– queda así dividido artificialmente, y el hombre reducido al papel de bestia que se adorna. Tenemos ya una terrible experiencia de semejante artificio. Está suficientemente fracasado y creo, también, que desarmado. Tengo ya indicios de que en muchos, espíritus altamente prácticos se está restableciendo la voluntad –yo diría la cólera– creadora. Hay que asumir muy fuerte responsabilidad con plena lucidez. La lucidez hay que conquistarla también. (Dieste, 1995b, 80)

Casas lee esta carta como una suerte de testimonio, parcial, “de la distancia progresivamente abierta entre la cúpula comunista”, cuyo trecho se fundamentaba en la “radical negativa [de Rafael Dieste] a aceptar ninguna clase de sectarismo, en forma de purgas, discriminaciones, silenciamientos, etc.”:

¹⁴ Otra vez el juego textual marca la escritura: el grueso de la carta lo constituye un paréntesis, más extenso que el cuerpo, en el que discurre de modo casi ensayístico, con separaciones de párrafos, y con referencias metatextuales: “[...] pues a juzgar por el paréntesis, que aún no he cerrado, y quizá estoy casi al fin de la carta, iba a decirte otra cosa...” (Dieste, 1995b, 79).

En ese sentido, su defensa del derecho de trotskistas y anarquistas a mantener un discurso político propio –que hay que apresurarse a declarar que jamás compartió– y, por descontado, su denuncia de la represión interna ejercida contra ellos desde el comisariado estalinista fueron, siempre y en todo caso decididas y públicas, tanto que en algunos momentos, como en los posteriores al asesinato de Andreu Nin pudieron costarle la vida, y con constancia inflexible le ocasionaron penosas represalias económicas nada fáciles de sobrellevar. (Casas, 1997, 389)

En esas circunstancias, el traslado de Dieste y de su esposa, Carmen, a Barcelona debió resultarles un respiro (Rei Núñez, 1987, 92). Allí se hace cargo de la revista *Nova Galiza*, que hasta entonces dirigía Castelao, y consigue un ingreso regular. Allí recobra el nombre de Félix Muriel y resulta notable cómo, en especial en el primero y en el último de los textos firmados con su nombre, el personaje-seudónimo le sirve a Dieste para mediar el vínculo entre lo “real” y su persona¹⁵. Si el primero, como si protegiera el dolor del escritor, es una nota sobre la trágica muerte de un grupo de jóvenes gallegos entre los que estaban dos queridos amigos (“Unha morte lanzal”), el último es ciertamente llamativo por su ambigüedad. Estructurado como una “entreviú”, tal como reza el subtítulo, se titula “Os outros”. Un “entrevistador” inicia el diálogo preguntando el porqué del antifascismo de su entrevistado. La respuesta (“Porque son uns criminaes”) no parece conformarlo y comienza una serie de nuevas preguntas en busca, según parece, de los fundamentos ideológicos que sostendrían el antifascismo. La revisión de los presupuestos es llevada al límite y muestra sin duda una implícita

¹⁵ De entre las notas firmadas que aparecen en *Nova Galiza*, cinco son suscritas por Félix Muriel: “Unha morte lanzal. No linde da liberdade” (núm. 5, 15 de junio de 1937, p. 1); “¡Que ninguén o sepa!... Conto portugués” (núm. 6, 1 de xullo de 1937, p. 3); “Estampas e monifates” (núm. 9, 1 de setembro de 1937, p. 2); “Ao paso do tempo. Política do trasno” (núm. 10, 20 de setembro de 1937, p. 1); “Os outros. Entreviú” (núm. 11, 10 de outubro de 1937, p. 4). Todos estos escritos fueron recopilados por Claudio Rodríguez Fer en *Guerra literaria* (Dieste, 1991, 147-148, 149-151, 153-156, 157-158, 159-161) y por Xosé Luis Axeitos en *Obra galega completa* (Dieste, 1995c, t. 2, 324-325, t. 1, 124-126, t. 2, 337-341, t. 2, 342-344, t. 2, 350-352).

falta de conformidad con los *slogans* fáciles: cuando el “entrevistado” dice que los fascistas mienten al proponerse como los defensores de la cultura de Occidente, el “entrevistador” propone: “D’acordo. D’algún xeito teñen que se disfrazar. O crimen é unha técnica. A mentira, outra. E os primores que poñen en matar, aldraxar e mentir, o máis odioso. Pero, ¿e si non mentisen? ¿Si eles dixeran –suposto que o sepan– o que verdadeiramente queren, vostede sería feixista?” (Muriel, 1937, 4). El diálogo se transforma entonces en una búsqueda del “resorte do feixismo”, en la que el “entrevistado”, aparentemente exhausto, comienza a pedir respuestas al entrevistador: “Estame metendo en moito lío. [...] Dígame o que vostede coida que eles queren, e d’aquela responderei”.

Pero de a pouco, el lector que crea que se trata de un texto “de circunstancias”, o “de propaganda”, en el que se busca reforzar el antifascismo, fundamentándolo en bases ideológicas, económicas o sociales, empezará a sentirse desconcertado. El “entrevistador” extrema su mayéutica y parece más interesado en pensar y hacer pensar que en reforzar un programa determinado; finalmente, ante las respuestas tímidas de su interlocutor, se propone precisar la discusión diciéndole: “Falemos relativamente a Hespaña ou, si prefire concretar máis, relativamente a Galiza”. El “entrevistado”, entonces, comienza tímidamente a decir “–Os foros...” pero, de modo sorprendente, el “entrevistador” lo interrumpe: “–Moito sangue, xa, para falar de foros. Outra cousa”. El “entrevistado” acata la velada prohibición del tema e improvisa una nueva respuesta: “Eu quero a prosperidade”; pero, a la vez, agrega:

–¿Hai de ser vostede sempre o que pergunte? Agora pergunto eu. ¿D’aquela?

–Non é así a costume. Isto era unha interviú. Pero, en fin, falarei. Eu coido que o Estado ten que pactar por enriba de todo cos traballadores e, na nosa terra, ten que capacitar á “gran industria distribuída” para que teña a forza da industria concentrada, pero sin desfaguer a distribución, faguéndoa cada vez máis estensa e máis xusta.

–¿Eso é o que chamaba Chesterton “distributismo”?
–O distributismo de Chesterton –que n’él inspirábase en boas intencións– non abunda. Fíxese que eu falo de dar a unha suma de “posibilidades de

riqueza” –aínda non riqueza efectiva– que están distribuídas, a forza de organización que lles falta; d’ir, ademáis, mellorando a distribución; e, en fin, de que o Goberno galego, si chegamos a ter autonomía, como é de supoñer, pacte con Galiza, e non con catro potentados –ou mil intermediarios, é o mesmo– que queren esplotala. Falo en grandes liñas. Si vostede quer, precisarei mellor a cousa con exemplos.

Sin embargo, a la hora de proponer ejemplos, el que originalmente era el entrevistado interrumpe para preguntar:

–¿Non oi ninguén?

–Todo iso hai que decilo, si a vostede lle parece ben, diante da xente...

–¿E si se enteran no extranxeiro?

–Si o faguemos ben, imitarannos. Ademáis, xa hai países...

–Non digo eso... Quero dicir, si se entera... certa xente...

–¿Quén? ¿Os feixistas?

–Non... “Os outros”...

–Velahí... “Os outros”... En fin, xa falaremos.

El texto, abruptamente, así termina. ¿Qué fue lo que interrumpió la exposición? No está claro. La propuesta del “entrevistador” no parece demasiado conflictiva. Supone una suerte de federación –una autonomía gallega– que no era extraña en *Nova Galiza*, sino del todo coherente con la difusión del Estatuto de Autonomía que tanto importó a Castela. De la propuesta en sí tampoco es posible inferir demasiados problemas: repite, de manera casi implícita, las críticas, muy compartidas, al minifundio, a la falta de industrialización y a la concentración de la riqueza. No parece que allí radique ningún motivo para temer alguna clase de espionaje. En definitiva: ¿quiénes son “los otros”? Ni los extranjeros ni los fascistas, como queda dicho explícitamente. ¿Quintacolumnistas, trotskistas, miembros orgánicos del PC? Ni siquiera el texto deja inscritas de manera clara marcas de ironía; aunque es notorio que su carácter ficcional, teatral, ha crecido en esa preocupación final por los posibles oyentes y que, por eso, exige una lectura que no lo limite a la exposición de un programa político o económico. Más aún cuando ese programa es

evidentemente glosado con rapidez y con vaguedad. El cambio operado del inicio de la “entrevista” a su final, por lo tanto, es mucho mayor que el de un cambio en la relación entre entrevistador y entrevistado. En el último texto firmado por Félix Muriel durante la guerra, entonces, quedan huellas de una incertidumbre en la enunciación, de unos cuidados que el seudónimo todavía parece tener en 1945. Félix Muriel ya entonces adopta la forma de la mediación con lo político y de la atenuación de la injerencia de las circunstancias sobre el individuo, del intento por mantener una independencia de criterio ante los vaivenes de los hechos y de las políticas culturales.

Al llegar a Buenos Aires, Rafael Dieste pudo encontrarse con que aquellos conflictos no sólo no se habían diluido o atenuado, sino que continuaban e incluso se hacían patentes en ámbitos culturales próximos a aquellos en los que su propia obra circulaba. En el diario *La Hora*, un periódico cercano a las posiciones de izquierda, unas semanas después de que Cayetano Córdova Iturburu publicara en sus páginas una reseña de *Rojo farol amante*, el poemario de 1933 que Dieste reeditó en 1940, aparecía un texto de Raúl González Tuñón sobre el asesinato de Trotsky. El 29 de agosto de 1940, en un escrito enviado desde Santiago de Chile, a donde se había dirigido al terminar la guerra de España, y donde había fundado, con Pablo Neruda, la Alianza de Intelectuales de Chile, González Tuñón celebraba –no sin algunos incisos de pudor– el asesinato de Trotsky:

En Coyoacán, palacete campestre pagado por el dinero norteamericano, ha muerto León Trotski, literato notable, hombre pequeño y traidor del Partido Comunista y de la Unión Soviética. [...] Antes había sido el enemigo de Lenin, el cismático de la Iskra, el que no creía todavía maduras las rosas de octubre. [...] Hoy, que la prensa reaccionaria del mundo canta loas a su pobre cadáver de viejo resentido arrojándole la final paletada de tierra de ignominia, cómo se agranda la figura de Lenin cuya memoria fue escupida por los que hoy exaltan al traidor, y cómo, cómo se agranda la figura de Stalin, el fantasma del fascismo y del imperialismo, la expresión suprema de nuestra causa y de nuestro partido. [...] Lejos de mí desear una muerte cualquiera. Y más lejos de mí desear una muerte

violenta. [...] Una vida cortada violentamente, duele, impresiona, aunque haya sido culpable de la muerte de tantas otras vidas, en el alba de la revolución, y al mediodía.

Es su memoria la que execramos; es la traición que simboliza; es *lo que fue*, que provoca el grito más profundo de nuestra sangre. [...] Que su ceniza tenga paz, pero no su memoria. (González Tuñón, 1940, 7)¹⁶

En el marco de este tipo de declaraciones, pronunciadas por simpatizantes de la II República española, por conocidos argentinos vinculados a la industria cultural más prestigiosa, por poetas de renombre y de proyección internacional, en ese marco, pues, es difícil imaginar que, incluso en un escrito privado (aunque de eventuales consecuencias públicas) resultara sencillo hablar sin reservas ni cuidados. Sobre todo porque, ya iniciada la Guerra Fría, las directivas políticas y culturales se harían más estrictas y restrictivas. El caso de Cayetano Córdova Iturburu, que sería expulsado del PC en 1948 debido a sus diferencias sobre la orientación estética del partido (Tarcus y Longoni, 2001), es ilustrativo porque, además de ser un claro simpatizante de la II República española –había sido delegado argentino, junto con Raúl González Tuñón, en el II Congreso de Escritores Antifascistas de 1937–, mantenía una relación muy cordial, y un frecuente vínculo profesional, con Dieste¹⁷. Cór-

¹⁶ El texto de González Tuñón, olvidado y casi desconocido incluso para especialistas en su obra, bien merecería un espacio más amplio del que aquí podemos ofrecerle.

¹⁷ En efecto, junto con Raúl González Tuñón y Pablo Rojas Paz, Córdova Iturburu fue uno de los tres delegados argentinos al II Congreso de Escritores Antifascistas. Sostenía, a diferencia de otros miembros del PC de la Argentina, una posición “centrista” en lo que se refiere a la política cultural. Cuenta Víctor A. Piemonte: “Dentro de la serie de prácticas que encontró a los intelectuales de izquierda comprometidos con la defensa de la causa republicana ocupa un lugar destacado el papel de Cayetano Córdova Iturburu. En calidad de corresponsal del diario *Crítica*, Córdova Iturburu parte hacia España desde Buenos Aires el 15 de febrero de 1937 y regresa a la Argentina seis meses más tarde, publicando posteriormente un libro de propaganda pro-republicana en el cual se hacía eco de las estrategias en boga destinadas a politizar sin polemizar con potenciales aliados. En concreto, en su perspectiva era el Partido Comunista el que había logrado impulsar y realizar la unidad en el Frente Popular a partir de su «tenaz prédica unitaria». Publicado en Buenos Aires en plena contienda, son

dova Iturburu era miembro desde 1935 de la AIAPE (Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores) argentina, que para entonces iniciaba una etapa de progresiva hegemonía comunista (Pasolini, 2008, 89). Justamente Córdoba Iturburu había sido a quien Dieste recurriera a finales de 1939 –cuando aún recibía ayuda económica de la filial uruguaya de la AIAPE (Dieste, 1995b, 151)– a la hora de intentar ayudar a su amigo Mariano Gómez (Dieste, 1995b, 157-158). Desde entonces, los dos escritores debieron de haber mantenido un trato respetuoso, si no amistoso. Es simpatía intelectual, sin duda, la que hace que Dieste, en 1945, invite a Córdoba Iturburu a escribir un libro para la “Colección Oro” que dirigía en la Editorial Atlántida. El volumen resultante, *Cómo ver un cuadro*, será un relativo éxito comercial, con múltiples reediciones. La mirada sobre la pintura contemporánea –aquella que se inicia, con el impresionismo, a mediados del siglo XIX– muestra interesantes puntos de contacto con la que el mismo Dieste tiene (en textos como “Pintura ensimismada y fuera de sí”, por ejemplo). Algo de la simpatía intelectual puede también inferirse del hecho de que, en la escueta bibliografía del libro de Córdoba Iturburu –unas treintaicinco entradas, en las que conviven textos comentados (Apollinaire, Breton, Vasari, Leonardo da Vinci, etc.) con estudios de referencia (Jorge Romero Brest, por ejemplo), referidos por el solo título, sin

evidentes los recaudos tomados a la hora de no concentrar todo el heroísmo en el desempeño unilateral de los comunistas españoles. Antes bien, se notan los esfuerzos por evitar alusiones explícitas al comunismo. Las referencias son a la unidad antifascista reunida en el Frente Popular. Los personajes de sus recuerdos no son los grandes políticos y militares –Modesto, Líster, el «Campesino», Mera, la «Pasionaria», el comandante Durand, Galán, José Díaz, Jesús Hernández, el general Miaja, apenas son enumerados en la introducción–, sino hombres corrientes, soldados desconocidos que proporcionan las anécdotas de sacrificio de las que se nutre el libro. Córdoba Iturburu traducía en términos pluralistas y no-partidistas lo que el comunismo español propuso desde temprano y nunca abandonó en todo el tiempo en que se extendió el conflicto: mando único, sí, pero en manos del PCE” (Piemonte, 2016, 191). El mismo investigador propone, en otro trabajo, una interesante lectura de cómo el cambio de estrategia que la Internacional Comunista despliega en 1936, pasando de la lógica de “clase contra clase” a la de “frente popular”, repercutió en la política cultural del PCA y, en algún sentido, mitigó la doctrina del realismo socialista propuesta en 1934 en el Primer Congreso de la Unión de Escritores Soviéticos (Piemonte, 2012).

más datos editoriales–, uno de los autores consultados es Eduardo Dieste (*Los problemas del Arte*)¹⁸.

En esa misma editorial Atlántida, pero en la “Colección Roja” de la Biblioteca Billiken¹⁹, Dieste trabajó también, desde 1940, haciendo adaptaciones, para niños y adolescentes, de clásicos literarios. Una de ellas sería la de “Cuentos de Tolstoi”, como dice la portada: se trata de los *Cuentos y apólogos* de [Lev] Tolstoi, cuya versión Rafael Dieste firma con el seudónimo de J[uan]. de Plasencia y que fuera ilustrado por Guimar (Manuel Colmeiro). El volumen habrá sido de considerable interés para Dieste, pues, según cuenta Rei Núñez, incluyó entre los cuentos uno, “El mujik y el diablo” que, al no encontrarlo en Buenos Aires en la versión francesa que conocía, Dieste lo recompuso de memoria, creando una obra nueva (Rei Núñez, 1987, 119) ¿Recordaba, al hacerlo, los comentarios de Lenin sobre el novelista decimonónico? No es imposible, pues se trata de los más importantes escritos de Lenin sobre literatura, que debieron haber circulado profusamente en aquellos años. En el primero de esos escritos, de 1908, el más famoso de los tres que le dedicó (“Tolstoi, espejo de la revolución rusa”), Lenin decía de Tolstoi que:

Las contradicciones en las obras, las opiniones y la doctrina de Tolstoi son, en efecto, flagrantes. Por una parte, un artista genial que no solamente ha pintado cuadros incomparables de la vida rusa, sino que ha dado a la literatura mundial obras de primer orden. Por otra, un terrateniente que se hace el inocente de pueblo. Por una parte, una protesta de una energía notable, directa y sincera, contra la hipocresía y la falsedad sociales; por otra, un “tolstoiano”, es decir, un ser débil, gastado, histérico, denominado intelectual ruso que, gol-

¹⁸ “*Los problemas del Arte*” titula Córdoba Iturburu (1945, 199) el libro que, en verdad, se llamaba *Teseo. Los problemas del arte* (Buenos Aires: Losada, 1940); se trataba de un volumen que mucho debe a la revisión rigurosa y al cuidado editorial de Rafael, como se infiere de su *Epistolario* (Dieste, 1995b, 154-155, 159-166).

¹⁹ El “rojo” de la colección, desde luego, nada tenía que ver con ningún color político, al que la editorial del conservador Constancio Vigil no hubiera dejado entrar de ningún modo. Las camisas rojas de los libros de la Biblioteca Billiken aludían, sólo, a la sección de “Antologías y resúmenes”.

peándose públicamente el pecho, dice: “Soy malo, soy vil, pero me ocupo del autoperfeccionamiento moral; ya no como carne y ahora me alimento de albóndigas de arroz”. [...] Por una parte, el realismo más lúcido, que arranca todas las máscaras, sean cuales sean; por otra, la prédica de una de las cosas más innobles que puedan existir en el mundo, a saber: la religión, la tendencia a poner, en lugar de los popes funcionarios del Estado, a popes por convicción, es decir, una propaganda en favor del reino de los popes bajo la más refinada de las formas y, por siguiente, la más abyecta. [...] Es evidente que con semejantes contradicciones Tolstoi no podía comprender en absoluto el movimiento obrero y su papel en la lucha por el socialismo, ni tampoco la revolución rusa. (Lenin, 1975, 123-124)

Es difícil imaginar que Dieste simpatizara con el diagnóstico, que convertía la obra de Tolstoi en un solo testimonio político, desestimando todo valor estético, y que, en términos políticos, interpretaba al campesinado como un agente político “atrasado” respecto del proletariado. ¿Conocía Dieste este artículo? Como decíamos, es muy posible. De hecho, había sido impreso en Buenos Aires en 1941, como parte del libro *Sobre la religión*, aparecido bajo el sello de la Editorial Problemas (reimpreso en 1945). Además, se reeditaría poco después, en 1946, en un volumen *Sobre la literatura y el arte*, con textos de Lenin y Stalin, en la “Biblioteca de Cultura Integral” (La Plata: Editorial Calomino, 1946).

El texto de Lenin, además, debió circular en España durante los años treinta. Un escrito de Antonio Espina impreso en junio de 1935 en el número 6 de *P.A.N.* (la “revista epistolar y de ensayos” que, con la dirección nominal de José Otero Espasandín, hacían Eduardo y Rafael Dieste en Madrid) remeda en gran medida el artículo de Lenin. En él, Espina repite el procedimiento: habría una dicotomía, una contradicción, en (la obra de) Tolstoi; repite también cierta forma –algo despectiva– de construir adjetivos a partir del apellido del autor. Si Lenin criticaba al “tolstoiano” que hay en Tolstoi, Espina habla del “tolstoísmo”:

Hay un Tolstoi exterior, teatral, lleno de elementales quimeras, cuya efigie se halla irremediadamente perdida para la conciencia universal de nuestra fecha. Pero existe otro Tolstoi, pleno de valores

fuertes, que no ha caducado, cuya silueta dibuja al novelista.

Para comprender bien la figura del novelista, resulta indispensable arrancarla de su nebulosa. De esa vaga sombra crepuscular y oriental del *tolstoísmo*. En el espectro prerrevolucionario ruso, la ideología política y religiosa del autor de *La guerra y la paz* representa tan sólo una raya. La raya violácea del nihilismo búdico, mongol, amarillo, primitivo, enfermizo. (Espina, 1935, 125)

En todo caso, cuando en octubre de 1945 Dieste escribe que “no soy *leninista* más que en los puntos en que la autoridad de Lenin es indudable”, resulta razonable pensar que, a lo que se refiere implícitamente, es a que no acepta la autoridad de Lenin en ámbitos como la literatura –y conviene recordar que sus escritos sobre arte, al menos en el ámbito militante, fueron tomados como “palabra santa”–. Dieste (¿Félix Muriel?), en cambio, de manera quizás más sensata de lo que acostumbraban las ediciones y las directivas del Partido Comunista, parece reconocer a Lenin sobre todo como político: “Admiro su gran sentido de orientación y otras cosas que no es ahora ocasión de especificar”.

Si las relaciones de Dieste con la política comunista (sea o no soviética) son una cuestión que atraviesa el mundo cultural de posguerra –el mundo de la “Guerra Fría”– en el que transcurrió su exilio, y por lo tanto emergen como problema a primera vista, más subrepticio queda, a pesar de todo, el vínculo del autor gallego con la obra de Carlos Marx. A pesar de que el apéndice de la carta de 1945 puede hacer suponer que la teoría y la doctrina de Marx serán el asunto del que se hable, apenas las primeras cinco o seis oraciones se refieren al tema, y no sin ambigüedades y omisiones importantes, que serían dignas de desarrollo: “Creo que [Carlos Marx] ha contribuido a esclarecer muchas cosas y a plantear otras en el terreno adecuado”. No queda claro a qué cosas se refiere, cuáles son las esclarecidas y cuáles las planteadas “en el terreno adecuado”, pues interrumpe la exposición una aclaración tajante (“Pero no soy marxista”), en seguida matizada: “Tampoco antimarxista, pues reconozco mi deuda con Marx”. No se indica qué tipo de deuda intelectual siente con la obra de Marx, sólo precisa que “Tengo una actitud bastante análoga a la de Benedetto Croce: de comprensión y «asimilación». Creo también,

como él, en las raíces platónicas del pensamiento de Marx”.

Sin duda, un cotejo con el libro *Materialismo histórico y economía marxista*, de Benedetto Croce, podría resultar de utilidad a la hora de seguir el señalamiento de Dieste –y, a tales efectos, hay que considerar lo que Arturo Casas señala sobre la incidencia de Croce en la estética de Dieste (Casas, 1997, 182-187)–, aunque también resuenan, en ese señalamiento de las “raíces platónicas” del pensamiento de Marx, formas de lectura que remiten, no sólo a comentarios de Antonio Machado publicados en los años treinta en la revista *Octubre* (“Sobre una lírica comunista, que pudiera venir de Rusia”), sino sobre todo a la elogiosa lectura que de ese texto de Machado hace Arturo Serrano Plaja (véase López García 2008, 79-83), compañero de Dieste en la redacción de la revista *Hoja Literaria*, en Madrid, en 1932 y 1933. Serrano Plaja se pregunta:

¿En qué consiste, cuál es la esencia poética de Machado? Se habla de la rudeza de su poesía, del sentido elemental que, entrañable y sencillamente, pone en las cosas.

Pero Antonio Machado ¿es rudo, elemental? Acaso sea Machado uno de los poetas más cultos de España, y, desde luego, el que más sabe vitalmente, si saber y cultura son cosas diferentes. Y entonces, ¿de dónde proviene su rudeza poética, la serie de sensaciones elementales que en nosotros despierta su “élan” poético?

Indudablemente, puesto que él no es rudo ni elemental, de los elementos objetivos que entran a formar parte de su poesía. Sin embargo, esta poesía de Antonio Machado no es objetiva, realista, naturalista al modo zolesco, aun cuando se hallen de continuo en ella referencias naturales.

Y ocurre que el campesino, la mula, el campo, son, para Machado, símbolos naturalmente cordiales de su vivir. La desolación del campo con la desolada miseria de los campesinos españoles, no son, para él, signos retóricos, sino entrañables frases de su contenido poético. Movimientos sentimentales –en el más hondo sentido de la palabra– de su espíritu que implican constante el sentido poético común y consustancial a los campesinos.

Entonces su ya antigua preocupación poética de una lírica común con los hombres que naturalmente están en su corazón, es perfectamente consecuente

con todo su anterior proceso de poeta humano, de magnífica y formidable humanidad poética.

Y al patentizarse en el mundo este anhelo de comunidad y su posibilidad de realización inmediata en Lenin, “en el modesto y gigantesco Lenin”, el modesto y gigantesco Antonio Machado no podía ignorarlo. (Serrano Plaja, 1934, 8)

De todas formas, a pesar de todo lo omitido o apenas aludido, el comentario de la carta de 1945 a Enrique quizás sea el más explícito que haya hecho Rafael Dieste sobre Marx. En algún sentido, no deja de ser sorprendente, pues la obra de Marx fue una presencia notable en los años de la II República. Muchos años después de escribir aquel pasaje en esa carta, en otra, del 11 de mayo de 1973, dirigida a Francisco Caudet, que lo consultaba sobre la revista *Hora de España*, se refiere al ambiente previo a la creación de la revista y le propone al investigador:

Ante todo deberá usted tener presente el ámbito cultural de España en la década (aproximadamente) que precedió a la guerra civil [...] el cuadro general era muy vario. En el ambiente estaban, por ejemplo, “La decadencia de Occidente”, de Spengler, “La técnica del golpe de estado”, de Curzio Malaparte (y otros afines), “La Gaceta Literaria”, diversos libros germánicos de tipo racista, pero de pretensiones muy científicas, etc., y de otro lado –un “lado” de muy varios matices–, el libro “España virgen”, de Waldo Frank, “Cruz y Raya”, la “Revista de Occidente”, las revistas “España” y “Nueva España”, los libros, muy leídos de la generación del 98, el influjo (alentador y magistral) de Ortega, el muy profundo de Unamuno (y no sólo en sus aspectos conflictuales, sino también en los “magistrales”), el de Machado y Juan Ramón Jiménez, el de Lorca, Alberti, Bergamín, Guillén, Salinas... Debo mencionar también a Eugenio d’Ors. No hay que olvidar a Nietzsche, Kierkegaard, Carlos Marx... Si al decir “ambiente” nos referimos a los maestros, los libros, las revistas, etc., resulta que el complejo total o nacional de las “influencias” en juego nos alcanzaba de algún modo no sólo a todos “nosotros”, sino a todos, nosotros y “los otros”. Tampoco había una división tajante, neta, entre unos y otros... La historia –esta como cualquier otra– está llena de fluctuaciones e incluso de anfibologías, y

no me refiero sólo a las deliberadas, sino también a las más entrañables e inocentes. (Dieste, 1995b, 717-718)

Así pues, Marx “estaba en el ambiente”, pero –al contrario de Nietzsche, cuyo libro *El origen de la tragedia* resulta determinante en la redacción de *La vieja piel del mundo* (1936)– no parece haber dejado huella alguna en la obra de Rafael Dieste. Aunque, quizás por el influjo de ese ambiente, es difícil escapar al embrujo de leer –a contraluz, diríamos– alguna eventual alusión. En agosto de 1933, Dieste publica un libro de poemas, *Rojo farol amante* (que luego reeditaría, al llegar a Buenos Aires, en 1940). Allí hay un poema titulado “La sorpresa del molinero”, que dice:

Hiciste un molino
creyendo que sólo
para moler trigo.

El agua encausaste
creyendo que sólo
para que trabaje.

Pero el agua dice
sentencias y coplas
que no le pediste.

Y al agua responde
pensativo y lírico
el molino dócil.

Haciendo un molino
y encauzando el agua
dibujaste un signo.

Y absorto investigas
viendo la molienda
lo que significa. (Dieste, 1995a, 484)

Estelle Irizarry, siempre propensa a establecer relaciones entre los textos de Dieste y las leyendas tradicionales, ha dicho que el poema “recuerda la leyenda de «La demostración de Moure», que data del siglo XVII, según Carré Alvarelos, acerca del célebre escultor orensano Francisco Moure” y glosa la leyenda:

Dice la tradición que un pariente llevó al joven Moure ante un afamado escultor para que éste dijera si el joven tenía talento. Como prueba, el escultor encargó al joven Moure la confección de cualquier objeto que quisiera esculpir. El muchacho hizo un mazo, y como el escultor no vio nada en él que revelase ingenio, lo despidió. Más tarde el maestro levantó el mazo que el joven había dejado allí y dio un golpe con él. Vio con asombro que cada pedazo en que se rompía representaba en finísima talla un pasaje de la crucifixión de Jesucristo. Bien podría llamarse la leyenda «La leyenda del escultor». Del ejemplo poético de Dieste está ausente el elemento religioso y milagroso, pero no la actitud de reverencia ante el signo creado por el artista, siendo la creación misma un acto de maravilla. (Irizarry, 1992, 62)

Releo la glosa y no alcanzo a notar la relación con el poema, que encuentro forzada. Más allá de esto, sea cual sea la pertinencia de señalar una relación entre la obra de Dieste y la leyenda, me parece evidente que Irizarry soslaya la pregunta por el sentido de la creación, en torno a la cual gira el poema. En éste, creo, puede reconocerse la no tan velada pregunta por la compleja relación entre naturaleza y cultura. La molienda, el resultado de una actividad humana, cultural, ha modificado la naturaleza. ¿Qué significa esa acción histórica en el tiempo natural que el molino y la alteración del cauce del agua han cambiado? No es la pregunta de una persona que se siente unida sin conflicto a una tradición atemporal; por el contrario, es la pregunta de quien se cuestiona por cómo se inscriben sus propias acciones en la historia.

Acaso incurra en el mismo error que sospecho comete Irizarry, pero no logro evitar pensar que en la investigación del molinero ante ese “signo” que ha dibujado (que ha dibujado haciendo un molino, encauzando el agua) reverbera una idea, probablemente no excesivamente popular pero ciertamente tampoco muy desconocida, que aparece al final del primer capítulo de la primera sección del primer libro de *El capital*. En el famoso y fundamental apartado dedicado al “fetichismo de la mercancía y su secreto” había escrito Marx que: “El valor, en consecuencia, no lleva escrito en la frente lo que es. Por el contrario, transforma a todo el producto del trabajo en un jeroglífico social. Más adelante, los hombres procuran descifrar el sentido del jeroglí-

fico, desentrañar el misterio de su propio producto social, ya que la determinación de los objetos para el uso *como valores* es producto social *suyo* a igual título que el lenguaje” (Marx, 1975, 91).

Es, insisto, una sugestión; un dejarse llevar por la *correspondencia* de una idea. Pero es una idea que se impone por la proximidad de dos maneras de pensar el trabajo y el modo en que adquiere significación histórica y cultural. Y que se impone, además, por proximidades textuales. En 1933, al momento de publicar *Rojo farol amante* –y en los meses o años inmediatamente anteriores, cuando los poemas fueron escritos²⁰– Dieste tenía a disposición el pasaje de Marx. Tenía a disposición, incluso, una creciente presencia de los escritos de Marx. Pedro Ribas dice que “El despegue en la difusión de la obra de Marx y Engels en España, y también de los estudios sobre Marx y Engels, se produce en la etapa de la III Internacional” (Ribas, 1985, 201). En verdad, el “despegue” del que habla Ribas se produce, sobre todo, en los años de la II República²¹.

²⁰ Los poemas de *Rojo farol amante* debieron haber sido escritos en fecha relativamente próxima a la publicación del libro. En primer lugar, el uso del castellano es un rasgo que caracteriza la obra de Dieste en la década del treinta, en coincidencia con su traslado a Madrid y su participación en las Misiones Pedagógicas. En la década anterior, si bien escribió muchos artículos periodísticos en castellano, sobre todo en su obra “de creación” (narrativa, poesía, teatro) recurría preferentemente al gallego. En segundo lugar, los primeros poemas que publicó, de los recopilados en el libro de 1933 (“No me verás triste”, “¿Eres tú?”, “Mi huésped escondido”, “No serás traicionado”), aparecieron en los números 7 y 8 de la revista *Hoja Literaria*, que se imprimía en Madrid, en mayo y en junio-julio de 1933.

²¹ En efecto, “la etapa de la III Internacional” es un lapso más amplio del que en verdad refiere: “Como muestra de este hecho podríamos tomar el *Manifiesto del Partido Comunista*. De este texto, el más difundido universalmente de Marx y Engels, aparecieron en España por lo menos 47 ediciones entre 1872 y 1939. Pero conviene observar que de esas 47 ediciones, 31 aparecen en los ocho años que van de 1930 a 1937. Dicho de otra forma, en los cincuenta y ocho que transcurren desde la primera traducción española del *Manifiesto* hasta 1930 se produce aproximadamente una edición por lustro, mientras que en los ocho años correspondientes al período 1930-1937 aparece una media de cuatro por año. Y el ejemplo del *Manifiesto* no es nada excepcional. De las más de 900 ediciones de literatura marxista extranjera que hasta ahora he recogido, sólo unas 300 son anteriores a 1930. En otras palabras, dos tercios de esas ediciones aparecen entre 1930 y 1939. Si de los libros y folletos pasáramos al análisis de periódicos, revistas y artículos, el salto sería todavía más espectacular” (Ribas, 1985, 201).

A nosotros, sin embargo, nos importa ahora en especial la circulación de *El capital*. En los años treinta había, desde luego, traducciones ya añejas, algunas de las cuales serían de muy difícil acceso, como la de Pablo Correa y Zafrilla, la primera al castellano, impresa en Madrid en 1887, y cuya circulación fue escasa en los mismos años de su aparición. Otras, inútiles a nuestros fines, como la de Antonio Atienza, aparecida también en Madrid en 1887, pero que trasladaba un resumen del primer libro hecho por Gabriel Deville (y en la selección no se encuentra el pasaje al que nos referimos). Alguna más, ahora sí, pertinente, como la de Juan B. Justo, la primera traducción hecha a partir de la versión alemana, publicada por Antonio García Quejido en Madrid en 1898²². Pero sin duda, la versión más accesible en 1933 era la que había hecho Manuel Pedroso en 1931 y que había sido publicada en Santander por la editorial Aguilar:

En el contexto del entusiasmo colectivo que despertó en la ciudadanía española la Segunda República, la editorial Aguilar lanzaba la primera traducción de los tres libros de *El capital* al castellano reunidos en un único y grueso volumen. Aunque se trataba de una casa comercial y no de una editorial partidaria, Aguilar había captado el enorme interés que concitaba la literatura marxista en la década de 1920. Fundada en 1923, editaba desde 1928 obras de Marx, Trotsky, Jaurès, Stalin y De Man, e incluso publicaba anuncios en revistas de izquierdas como *Leviatán*, que dirigía Luis Araquistain. (Tarcus, 2018, 54)

En la versión de Pedroso, Dieste pudo haber leído una formulación muy semejante a la que acabamos de citar: “El valor no lleva escrito en la frente lo que es. Sino que más bien transforma todo producto de trabajo en un jeroglífico. Sólo con el tiempo tratan los hombres de descifrar ese jeroglífico para sorprender el secreto de su producción social misma, pues el fijar una cosa como valor en uso es tan producto social como la misma formación del lenguaje” (Marx, 1931, 54).

²² Esta versión fue reeditada en 1918, pero en Buenos Aires, lo cual permite suponer que su consulta en España no debió haber sido sencilla.

Esta traducción, además, fue un éxito comercial²³. Cuando el libro comenzó a circular, Wenceslao Roces criticó duramente el trabajo de Pedroso (Tarcus, 2018, 56-57) y comenzó su propia versión, que se haría famosa al ser concluida en el exilio, en México. La versión completa de Roces saldría en cinco volúmenes (luego reducidos a los tres tomos reimpresos más de treinta veces en las décadas siguientes) en 1946 y 1947 en el Fondo de Cultura Económica. Sin embargo, Roces había llegado a publicar en 1934 la traducción del primer libro en la Biblioteca Carlos Marx, que él mismo dirigía, de la madrileña Editorial Cenit. Horacio Tarcus indica que, “en contraste con la edición onerosa de Aguilar, la versión de Roces circuló también bajo el formato de edición popular: comenzó a publicarse en 1933 en fascículos de treinta y dos páginas cada uno, que al completarse la obra (1935) podían ser encuadernados” (Tarcus, 2018, 58-59). Tarcus no menciona a partir de qué mes de 1933 comenzó la publicación en este formato, pero considerando que *Rojo farol amante* salió en agosto de ese año, no es del todo imposible que la versión de Roces del último apartado del primer capítulo de la sección primera de *El capital* se conociera algunos meses antes de que Dieste concluyera su poemario²⁴. De todas maneras, lo que interesa aquí no es compro-

²³ El editor así lo recuerda en sus memorias, según cuenta Horacio Tarcus: “Don Manuel Aguilar, que en absoluto era un izquierdista, relata en sus memorias que abrigaba entonces la esperanza de que la complejidad del texto y un precio de venta al público de 60 pesetas pondrían a *El capital* a resguardo de las lecturas más revolucionarias. Estas prevenciones no le impidieron realizar un cálculo anticipado de los beneficios que le reportarían las ventas, beneficios que le permitieron comprar un Chrysler Imperial, automóvil que costaba entonces 30 000 pesetas. Y añade don Manuel: «Carlos Marx me proporcionó un Chrysler Imperial cuando los tres mil ejemplares de la edición se agotaron en pocos meses. Sobrevino la guerra de España. El coche estaba en el garaje. Fueron por él los comunistas y se lo llevaron. Carlos Marx me lo dio, Carlos Marx me lo quitó»” (Tarcus, 2018, 54-55).

²⁴ En la versión mexicana, Roces traduce el pasaje de modo muy semejante al que encontramos en la traducción de Scaron: “Por tanto, el valor no lleva escrito en la frente *lo que es*. Lejos de ello, convierte a todos los productos del trabajo en jeroglíficos sociales. Luego, vienen los hombres y se esfuerzan por descifrar el sentido de estos jeroglíficos, por descubrir el secreto de su propio producto social, pues es evidente que el concebir los objetos útiles *como valores* es obra social *suya*, ni más ni menos que el lenguaje” (Marx, 1999, 39).

bar si el rianxeiro leyó *El proceso de producción del capital*, el más famoso de los tres libros que componen la obra principal de Marx, sino meramente mostrar la posibilidad de que algunas ideas que allí circularon pudieran haber “reverberado” en la obra de un hombre sensible a su época como fue Dieste. No sabemos, finalmente, si el molinero del poema responderá a la pregunta sobre la significación de su obra mistificándola, convirtiéndola en un fetiche, o la observará como producto de su trabajo; de todos modos, queda claro en el pasaje, la pregunta atañe también al lenguaje, por lo que no debe haber sido indiferente a ella el poeta.

Sea como sea, por más que sea difícil –acaso imposible– elucidar la cuestión de la relación entre el pensamiento y la obra de Rafael Dieste con las ideas y las políticas de filiación marxista, el asunto no pierde en absoluto su interés. Se trata, sin duda, de un tipo de vínculo que, de una manera u otra, resultó determinante en la construcción de proyectos estéticos –y desde luego, vitales– a lo largo del siglo veinte. A pesar de que durante el siglo pasado el ámbito literario se caracterizó por una fuerte autonomía respecto de otros órdenes sociales, con reglas de funcionamiento y lógicas específicas, estuvo, no obstante –o quizás debido a ello– en una permanente y fascinante tensión con la política, que dirimió en terrenos artísticos gran parte de su lucha por la hegemonía y la legitimidad. Los proyectos artísticos de los escritores, por lo tanto, a menudo estuvieron definidos en relación a esa lucha; de allí que un escritor como Rafael Dieste se viera interrogado –si bien, en su caso, amistosamente– sobre una cuestión que, para bien o para mal, sigue sirviéndonos a nosotros, aun hoy día, para entender la producción literaria de aquel entonces. Ya que los escritores además de ser autores son personas, la pregunta se desliza de lo político a lo estético y, en la carta de Rafael Dieste, incluso, de lo ficcional a lo autobiográfico. Es por ello que el discurso atribuido a un personaje adquiere valor documental; por ello, un “informe político” es también un “informe estético”. Por ello, en fin, las elecciones estéticas de Rafael Dieste trasuntan tan fácilmente tanto posiciones políticas como esa apariencia precisa, esa figura nítida que, en ocasiones, muestran las decisiones éticas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO MONTERO, X. (1994). *As palabras no exilio. Biografía intelectual de Luís Seoane*. Vigo: Xerais.
- ALONSO MONTERO, X. (1996). “A carta 110”. En *Ensaio breves de literatura e política*. Vigo: Nigra, pp. 121-122.
- AZNAR SOLER, M. (1978). *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937). Volumen II: Pensamiento literario y compromiso antifascista de la inteligencia española republicana*. Barcelona: Laia.
- AZNAR SOLER, M. (1999). “El tema del retorno a través del epistolario de Rafael Dieste”. En VV.AA., *Xornadas sobre Rafael Dieste*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, pp. 35-47.
- AZNAR SOLER, M. y L. M. Schneider (1979). *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937). Volumen III: Ponencias, documentos y testimonios*. Barcelona: Laia.
- AXEITOS, X. L. (1997). Dos arquivos de Rafael Dieste: *In Memoriam Carlos Gurméndez (1917-1997)*, *Boletín Galego de Literatura*, 18, 2º semestre, pp. 139-147.
- CASAS, A. (1997). *La teoría estética, teatral y literaria de Rafael Dieste*. Santiago de Compostela: Servicio de Publicacións e Intercambio Científico da Universidade de Santiago de Compostela e Deputación de A Coruña.
- CÓRDOVA ITURBURU, C. (1945). *Cómo ver un cuadro*. Buenos Aires: Atlántida.
- DELAMAR, G. [Rafael Dieste]. (1935). Una semblanza de Buscón Poeta, *P.A.N. Revista epistolar y de ensayos*, 1, enero, pp. 11-18.
- DIESTE, R. (1932). Pintura ensimismada y fuera de sí, *Hoja Literaria. Poesía y crítica*, 2, diciembre, pp. 2-3.
- DIESTE, R. (1935). Galería de espejos fieles, *P.A.N. Revista epistolar y de ensayos*, 6, junio, pp. 122-124.
- DIESTE, R. (1991). *Guerra literaria*. Sada-A Coruña: Edición do Castro.
- DIESTE, R. (1995a). *Obras completas I. Narrativa e poesía*. Ed. de Arturo Casas y Darío Villanueva. Sada-A Coruña: Edición do Castro.
- DIESTE, R. (1995b). *Obras completas V. Epistolario*. Sada-A Coruña: Edición do Castro.
- DIESTE, R. (1995c). *Obra galega completa*. Vigo: Galaxia.
- ESPINA, A. (1935). Un retrato de Tolstoi, *P.A.N. Revista epistolar y de ensayos*, 6, junio, pp. 125-127.
- GONZÁLEZ TUÑÓN, R. (1940). Sobre el cadáver de León Trotsky. *La Hora* (Buenos Aires), 29 de agosto, p. 7.
- GRANELL, Eugenio F. (1995). “Dieste salvoume a vida”. En VV.AA. *Rafael Dieste, “Era un tempo de entusiasmo...”*, *A Nosa Cultura*, 15, marzo. Vigo: A Nosa Terra, pp. 55-59.
- GURMÉNDEZ, C. (1995). “Lembrando a Rafael Dieste”. En X.L. Axeitos (coord.), *Rafael Dieste (1899-1981). Unha fotobiografía*. Vigo: Xerais, pp. 9-14.
- IRIZARRY, E. (1992). *Estudios sobre Rafael Dieste*. Barcelona-La Coruña: Anthropos-Ayuntamiento.
- LENIN. (1975). *Escritos sobre la literatura y el arte*. Selección y prólogo de Jean Fréville. Trad. de Jaume Fuster y Maria -Antònia Oliver. Barcelona: Península.
- LÓPEZ GARCÍA, J. R. (2008). *Vanguardia, revolución y exilio: la poesía de Arturo Serrano Plaja*. Valencia: Pre-Textos/Fundación Gerardo Diego.
- MACHADO, A. (2001). *Prosas dispersas (1893-1936)*. Madrid: Páginas de Espuma.
- MARX, C. (1931). *El capital. Crítica de la economía política*. Madrid: Aguilar.
- MARX, K. (1975). *El capital. Crítica de la economía política. Libro primero: El proceso de producción del capital*, I. México: Siglo XXI.
- MARX, C. (1999). *El capital. Crítica de la economía política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MUÑOZ MANZANO, C. (2005). *Epistolario*. Sada-A Coruña: Edición do Castro.
- Muriel, F. [Rafael Dieste]. (1937). Os outros. Entreviú, *Nova Galiza. Folla literaria dos antifascistas galegos*, 11, 10 de outono, p. 4.
- NÚÑEZ, C. A. (2009). Un texto olvidado de Rafael Dieste, escrito y publicado durante la guerra civil española, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 57, pp. 117-156.
- OTERO ESPASANDÍN, J. (1943). *Pedro el Grande, por Alejo Tolstoi, De mar a mar*, II (5), abril, pp. 39-40.
- PIEMONTE, V. A. (2012). “El realismo socialista, la Tercera Internacional y el giro político-cultural en el comunismo argentino”, *VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata. 5 al 7 de diciembre de 2012*, Memoria Académica.
- PIEMONTE, V. A. (2016). Las prácticas políticas del Partido Comunista de la Argentina ante la Guerra Civil española y su relación con la Internacional Comunista, *Historia Contemporánea*, 52, pp. 179-209.
- PASOLINI, R. (2008). *Scribere in eos qui possunt proscribere*. Consideraciones sobre intelectuales y prensa antifascista en Buenos Aires y París durante el período de entreguerras, *Primas. Revista de historia intelectual*, 12, pp. 87-108.
- REI NÚÑEZ, L. (1987). *A travesía dun século. Biografía de Rafael Dieste*. Sada-A Coruña: Edición do Castro.
- RIBAS, P. (1985). La primera traducción castellana de *El Capital*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 420, junio, pp. 201-210.
- Schneider, L. M. (1978). *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937). Volumen I: Inteligencia y guerra civil en España*. Barcelona, Laia.
- SERRANO PLAJA, A. (1934). Antonio Machado y el comunismo, *Luz*, 27 de abril, p. 8.
- SIN FIRMA. (1941). Dos telegramas de los intelectuales españoles desterrados en Argentina, *Pensamiento Español*, año I (4), agosto, p. 6.
- TARCUS, H. (2018). *La biblia del proletariado. Traductores y editores de El capital*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- TARCUS, H. y A. Longoni. (2001). Purga antivanguardista. Crónica de la expulsión de Córdoba Iturburu del Partido Comunista, *Ramona. Revista de artes visuales*, 14, julio, pp. 55-57.
- TOLSTOI, L. (1949). *Cuentos y apólogos*. Buenos Aires: Atlántida.